

EDICIÓN DE LA MAÑANA

Al lector

Costumbre inveterada es la de participar al público desde las columnas de toda nueva publicación periodística, el propósito de ésta, camino que piensa seguir y programa que pretende desarrollar.

EL SIGLO XX, periódico, identificado en un todo con El Siglo XX, comercio de papelería, librería y centro general de suscripciones, también se trae su programita y sus propósitos, que cumplirá fielmente pese á quien pese; y aun cuando no todo, algo hemos de decir al paciente lector, para que vaya poniéndose al cabo de la calle de quien somos y á lo que venimos.

EL SIGLO XX, no se publicará diaria, semanal ni quincenalmente, saldrá á *relucir* cada vez que convenga.

No es político—á pesar del programa—ni cómico, ni satírico, porque... no le parece bien, ni entra en sus cálculos.

No es defensor de intereses generales,—me río yo de tales defensores—sinó de particulares; y más vale hablar claro al principio, porque así no habrá por qué sufrir censuras después.

Se propone seguir el camino que juzgue más conveniente, y aunque no buscará el consejo de nadie, pedirá en cambio el apoyo de todos; y esta si que es la única aspiración de EL SIGLO XX, amabilísimo lector.

¡Ah! se me olvidaba lo más interesante; á cambio de todas esas libertades antes enumeradas, de que voy á gozar, yo, no te he de exigir sacrificio pecuniario alguno por adquirirme; no tuerzas por lo tanto el

gesto al cogerme entre tus manos, diciendo para tu capote, si lo tienes;—¡un periodiquito más!—no, lector amigo, porque si es verdad que soy uno más, como valgo tan poco, no exijo nada.

Creo que te he dado una idea clara de lo que soy, y á lo que vengo, pero si tu buen criterio encuentra algunas nebulosidades en mis explicaciones, oye á este caso una historia.

Ocurrió el *dicho* en el despacho de cierto letrado, tan ingenioso como distinguido en su profesión.

Tratábase de escribir una carta, por cierto de gran interés, y ante la mesa del escritorio, pluma en ristre y el papel preparado, hallábase el secretario de dicho personaje, inmóvil y mudo como una estatua, y esperando que le dictaran.

El letrado en tanto, paseábase

silencioso y grandemente preocupado, procurando coordinar las ideas que había de expresar.

Paróse de repente frente á la mesa y dirigiéndose al escribiente, le dijo.—Empieze usted. "Sr. D. Fulano de Tal. Madrid. Muy Sr. mío:," Posáronse los puntos de la pluma sobre el papel, cuando en tan crítico momento, un criado, penetrando en la habitación, dió aviso á su dueño de que un caballero esperaba en la sala. Acto seguido encaróse el jurisconsulto con su escribiente diciéndole: ¡Bien; ya tiene Ud. una idea; puede continuar y éntremela á la firma una vez concluida; y salió de la habitación.

*
*
*

Si la idea que yo te he dado, lector amigo, respecto á mis propósitos, es como la que el ingenioso abogado dió á su amanuense, perdóname y piensa que si

